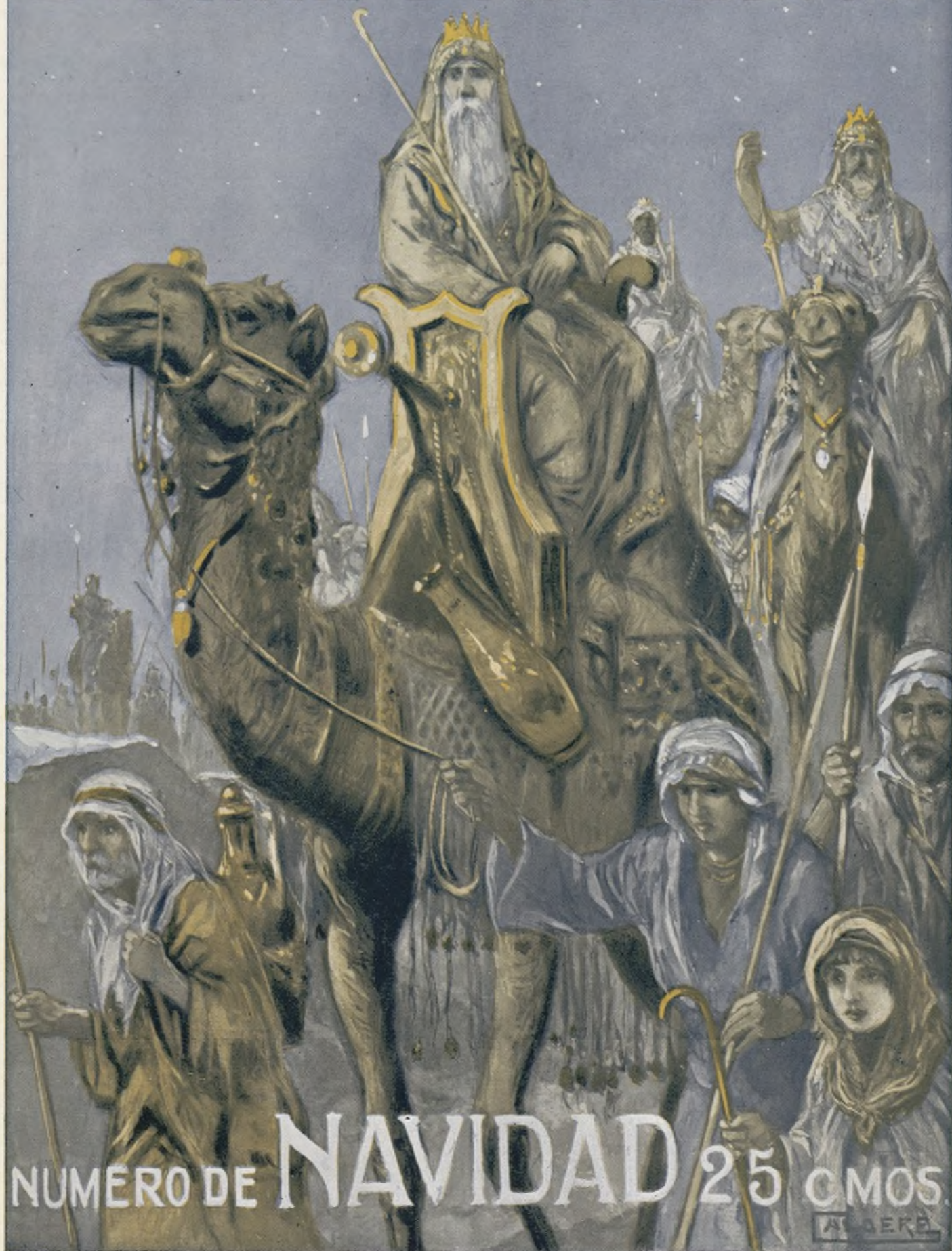


ESPAÑA EVANGELICA



ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO III ~ Madrid, 21 de Diciembre de 1922 ~ NÚM. 152

SUMARIO: La mejor noticia (A. Celma). — Glosa (S. y J. Álvarez Quintero). — El día del Sol Invenible (P. G. Bridge). — «No había lugar en el mesón» (S. Ramírez). — A morir por mí... (R. Saunén). — El Niño Jesús (Elias Marqués). — Natividad (Himno: Letra de Juan B. Cabrera, música de Felipe Orejón). — La mayor riqueza (P. de Padilla). — Arbolito de Navidad (C. G. Marín). — Canción. — La llegada de los Magos (L. de Ribera). — Rima (C. Araujo). — Costumbres de Navidad (Fernando Cabrera). — «Gorrión» (J. Caraballo). — Domingo de la Prensa. — Un aguinaldo para el Hospital Evangélico. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical.

LA MEJOR NOTICIA

«Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.»
Lucas, II, 11.

NUNCA mejor noticia ha podido llegar a oídos humanos, ni jamás noticia alguna ha sido comentada como lo fué la que escucharon los pastores de la boca del ángel. Apenas el mensajero celeste hubo terminado, los coros angélicos entonan un himno de alabanza; y sobre los campos de Bethlehem, resplandecientes con la claridad divina, resuenan las primeras palabras del glorioso Evangelio de salvación, que, uniendo los cielos con la tierra y Dios con los hombres, ofrece paz y buena voluntad al mundo.

«Os ha nacido... un Salvador», dijo el ángel. Mas el curso de los siglos parece colocarnos a tan inmensa distancia de aquella noche memorable, que las palabras del alegre mensaje llegan hasta nosotros perdidas y confusas. Nuestros oídos, ensordecidos por los ruidos estridentes de las luchas y placeres de la vida, apenas perciben el eco lejano de las Buenas Noticias que nos hablan de salvación. Además, otras *luces*, que no son «la claridad de Dios», han sido encendidas por la fantasía humana en el grande y admirado faro de nuestra *ciencia*, que no es extraño que los resplandores celestes que aquella noche sobrecogieron de temor a los sencillos pastores, se distingan difícilmente en el brillante horizonte de nuestro *modernismo*, como si fuesen fuegos fatuos producidos por lo que fué, sin que sus pálidos reflejos lleguen a interesarnos ni turben nuestras ideas muy siglo XX. Y así, sólo de año en año, y a guisa de leyenda, recordamos algo de aquella escena confundida con otros recuerdos del pasado.

Pero, ¿será cierto que tal noticia pueda considerarse la mejor en nuestros tiempos? ¿No tendrán nuestros filósofos y pensadores modernos otras noticias tan buenas o mejores que poder darnos, y más en armonía con nuestros gustos científicos? Sí, por cierto; no nos faltan *anunciadores* de «paz y seguridad» por medio de *nuevos* métodos precisos e infalibles, según ellos; lo cual no impide que mientras nos esforzamos en perfeccionarnos en el empleo de tales medios, la Humanidad se vaya hundiendo en el abismo del desorden más

completo, ahogándose en sus propios males y miserias. Pero entonces procuramos consolarnos de tales cosas, pensando que éstas son las crisis agudas que preceden a todas las grandes transformaciones. Y es verdad; nos transformamos rápidamente, pero... ¿en qué sentido?

Sin embargo, y a pesar de todo, el men-

necesidad actual, pues siendo nosotros pecadores y estando el mundo puesto en maldad, no hay salvación posible sin Cristo el Señor. Por esto debe interesarnos esta noticia, realmente la mejor, porque sin ella no habría para nosotros otra esperanza que una condenación segura y eterna.

Tal vez se diga que apenas nadie se ocupa de estas cosas, y que muy pocos hacen caso de la cuestión del pecado, aunque es tan grave. Y es verdad; pocos son, en efecto, los que hacen caso de ello; pero lo importante es que entre esos «pocos» está Dios. Él hace caso de nuestro pecado para condenarlo: pues nos dice en su palabra que «la paga del pecado es muerte» y que «el alma que pecare, esa alma morirá». Es inútil que nos esforcemos en querer disimular el mal y su gravedad, llamando a «lo malo bueno», puesto que el nombre no cambia la naturaleza de las cosas; ni que nos engañemos con vanas sutilezas, diciéndonos que el pecado puede clasificarse en varias categorías y que seguramente los nuestros serán perdonados por la misericordia de Dios. Él desea perdonarnos; pero esto sólo es posible si nosotros aceptamos a aquel Salvador que nos es nacido. Dios no quiere la muerte del pecador, «sino que se arrepienta y viva»; porque Dios nos ama y por esto nos ha dado a su Hijo, «Cristo el Señor», para que Él sea nuestro Salvador y «que todo aquél que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

No hagamos caso de los que nos anuncian *salvación* según el mundo, ni nos dejemos deslumbrar por el falso brillo de esa *ciencia* miserable y mezquina que se alimenta de dudas y negaciones. Cristo el Señor es el verdadero Pan de Vida que descendió del cielo, y que satisface cumplidamente todas las necesidades del alma del creyente que le recibe. Por esto, Dios, el que ES, la afirmación absoluta y perfecta de la Verdad, se revela a nosotros como «un Salvador» y nos hace saber tan grata noticia. ¡Ah! ¡Si nosotros hiciésemos el silencio en nuestros corazones, y cerrásemos nuestros ojos a todo lo que reluce en el mundo! Entonces podríamos contemplar la visión celestial, y envueltos en raudales de luz de la verdad divina, escuchar el alegre mensaje del ángel dando «la mejor noticia»: ¡Os ha nacido... un Salvador! ¡Mi Salvador! ¡Tu Salvador!

A. CELMA.

GLOSA

Esta noche ha de nacer
Jesús, el Niño del cielo,
Para morir en la tierra
Enclavado en un madero.
(Copia popular.)

Luz que aun el ciego ha de ver,
Luz de peregrina estrella,
Luz por su blancura bella
Esta noche ha de nacer.

Esta noche, vista el suelo
Flores donde hubiere abrojos;
Ya abrió los divinos ojos
Jesús, el Niño del cielo.

Cáliz de un lirio que encierra
De amores esencia pura,
Toma humana vestidura
Para morir en la tierra.

Y en su día postrimero
Es de espinas su corona,
Y a sus verdugos perdona
Enclavado en un madero.

S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO

saje divino queda en pie sin perder en lo más mínimo su preciosa actualidad. La mejor noticia anunciando el nacimiento del Salvador a los pastores, es también la mejor que puede llegar hasta nosotros en nuestros días; puesto que siendo Cristo el Señor el que nacía, Hijo del Dios eterno, «puede también salvar eternamente» a cada pecador, «viviendo siempre» para cumplir su ministerio perfecto. Este es el Salvador que conviene a nuestra grande

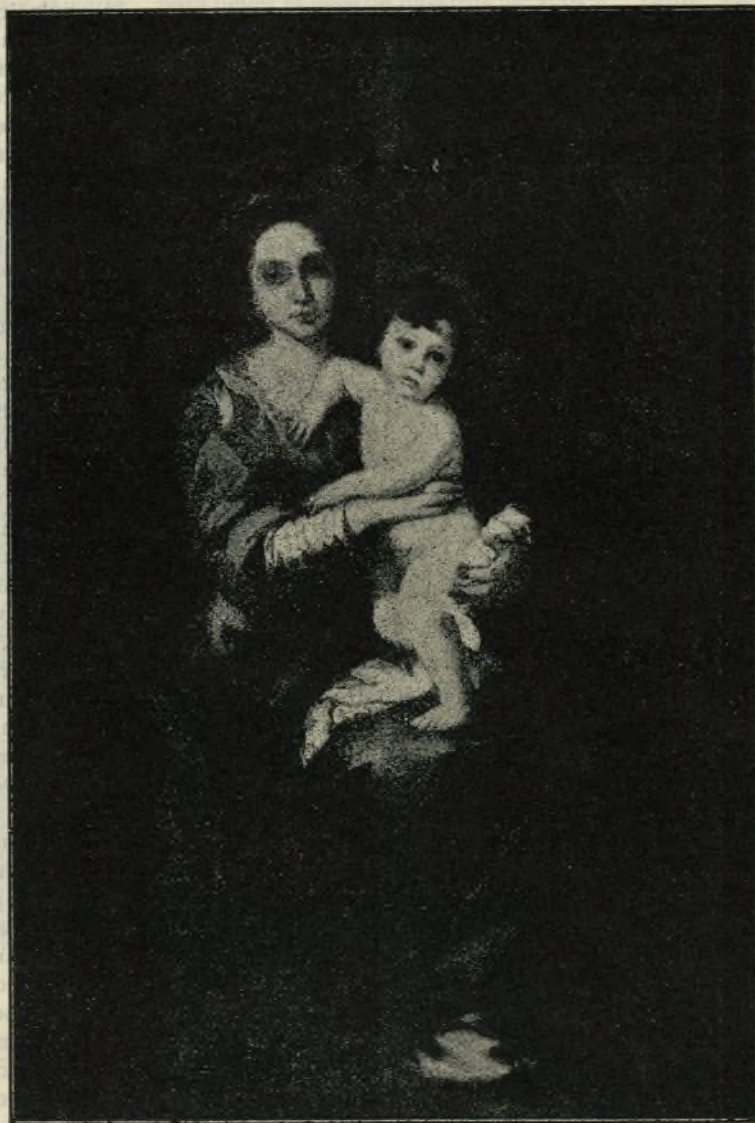
El día del Sol Invencible

DESDE unos años a esta parte viene aumentando la moda de celebrar festividades de días. Por doquier se divisan carteles de anuncios: El Día de Londres, El Día de Yprés, El Día de la Reina Alejandra. También la Roma pagana se entretenía en forma semejante y celebraba días memorables. Pocas festividades recuerda la historia que fuesen ocasión de tan universal júbilo y de tan genuino regocijo, como la festividad en honor del Sol Invencible. Celebrábase ésta el día 25 de Diciembre. Entre las múltiples deidades paganas, el Sol llegó a obtener supremacía en los primeros siglos del Cristianismo. La Roma pagana se entregaba a veces a toda clase de excesos en orgías y bacanales. Nada más apropiado por consiguiente que el Cristianismo, al transformar la vida toda del Imperio, tratase de santificar tanta inmoralidad, y dedicase el Octavo Kalendas Januarii a los festejos del Sol Invencible e Inmortal, Cristo Jesús.

Otra circunstancia muy importante contribuyó a hacer aún más propia y adecuada la celebración del Nacimiento del Redentor del Mundo, en el día 25 de Diciembre. Era éste el único día del año en que los esclavos romanos gozaban, aunque fuese momentáneamente, de libertad y podían considerarse como dueños de sí mismos. Además, el triunfo del Sol, representado en el solsticio del invierno, era símbolo del triunfo del principio del Bien sobre el del Mal. Y por esta razón, el día 25 era considerado como el segundo nacimiento del Sol. De ahí, que bien pudiéramos decir que la festividad del Octavo Kalendas Januarii representaba, para los romanos, libertad y luz. Y precisamente estos dos dones, de los cuales la Humanidad estaba tan necesitada, son los que Jesucristo vino a otorgarnos.

«La verdad os hará libres», y Él era la verdad encarnada. ¿En qué forma y de qué medios se sirvió el Salvador del Mundo para romper las cadenas de los esclavos y elevar a éstos a la misma dignidad de sus despóticos señores? Predicando la verdad sobre la dignidad del individuo, el valor del alma y la fraternidad universal. El más insignificante ser humano tiene el mismo destino que el más elevado y encopetado en la escala social. Tal estima tenía Jesucristo del valor del individuo, que derramó su augusta sangre por él y por su redención y educación espiritual y religiosa. Tal es el criterio de la libertad cristiana. Y si esto es así ¿quién se atreverá a despreciar a un individuo de la raza humana, por quien Jesucristo derramó su sangre? ¿Quién se atreverá a consi-

derar como objeto de escarnio a quien Jesucristo honró tanto con su divino ejemplo? No; el valor del individuo es infinito, ya que costó la vida de Jesús. No se comprende que haya cristianos que se sirvan de sus semejantes como de instrumentos para la satisfacción de sus terrenales fines.



(Cuadro de Murillo.)

LA VIRGEN Y EL NIÑO

La esclavitud no encajaría dentro del molde cristiano. La revelación clara y manifiesta del valor del individuo no podía menos de hacer libres a miles de seres humanos, que habían permanecido bajo las duras cadenas de la esclavitud.

Y esta lección de la dignidad personal de cada individuo aun es muy necesaria en nuestros días. Verdad es que hoy no privamos a nuestros semejantes de los derechos y de los privilegios de los que les privaba la ley romana; pero no es menos cierto que aun quedamos muy por bajo de lo que el ideal cristiano de nosotros exige. ¿No nos servimos de nuestros semejantes para acumular dinero? ¿No se sigue hoy explotando al pobre? ¿Y no es esto en el fondo una esclavitud? No hay nada que justifique el servirmos de nuestro prójimo como instrumento para nuestros fines. La dignidad humana requiere

que se considere al hombre como un fin en sí mismo, y nunca como instrumento de otro ser humano. Hemos cambiado el nombre y si se quiere hasta la severidad de la palabra esclavitud, pero el fondo contiene casi lo mismo.

Y la Humanidad no está menos necesitada de luz. «Yo soy la luz del mundo», declaró Jesucristo sin ambigüedades. ¿Y qué títulos le hacen acreedor a ser reconocido como la luz y antorcha de una Humanidad que anda en tinieblas? No hay duda alguna que la revelación de un Dios personal, dotado de las características sumamente atractivas de un padre amoroso, que vela con esmero sobre sus hijos y ordena y dispone todas las cosas para su eterna bienandanza; no hay duda, decimos, que una revelación tal venía a proyectar rayos de luz blanquísima sobre los oscuros misterios de Dios y de sus relaciones con la Humanidad. Y esta relación venía a ser tanto más importante cuanto que Jesucristo no la proponía como un sistema acabado de filosofía, sino como norma de vida. El mismo vivía tal vida. El mismo daba ejemplo de absoluta confianza en la Providencia de su Padre, aunque a primera vista los acontecimientos indicaban abandono completo. Jamás hubo maestro con doctrinas tan elevadas que consiguiera atraerse tan pocos discípulos. Y sin embargo, Jesús, jamás, ni por un solo instante, dudó de su misión divina y del resultado final de su obra. La presencia de su Padre era, para Jesús, una realidad absoluta.

Es esta la más importante y transcendental revelación que Jesús hizo a la Humanidad. No cabe ya pensar en una deidad despótica que no persigue en el régimen del mundo sino sus fines propios. El Dios de la Humanidad es un padre amoroso. Dios, es amor. En vano intenta la filosofía darnos otra definición del Ser Supremo que por su transcendencia llegue a influir tanto en la vida del individuo y hasta de la raza.

Verdad es que las revelaciones que Jesús nos hizo no son tales que constituyan un sistema completo de teología o de moral; son más bien como las ráfagas de luz que de un faro se desprenden; son lo suficiente para esclarecer los tenebrosos caminos de la Humanidad. En Jesús se manifestó con toda claridad la gracia y la benignidad de Dios a todos los hombres. Su luz ilumina a todo hombre, sin distinción de razas y de credos, como la luz del sol se derrama sobre toda la creación.

P. G. BRIDGE.

Recomiende a sus amigos

ESPAÑA EVANGÉLICA

“No había lugar en el mesón”

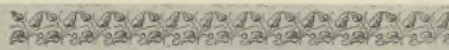
(Lucas, XI, 7.)

RELACIONANDO este asunto con mis experiencias personales de posadas, en la evangelización itinerante, expongo algunas consideraciones al lector.

1. *No debemos desanimarnos demasiado por los contratiempos de la vida.* — Una vez realicé un viaje, acompañado de un hermano, para visitar a un evangélico, habitante en un caserío oculto entre las montañas. El recorrido se hizo en tren, en bicicleta, a pie, y hasta hubimos de atravesar un riachuelo sobre zancos de un metro de altura. Por haber sido mal informados estuvimos a punto de perecer aquel día. Nos anocheció en el camino, sin cerillas ni linterna; en tiempo de invierno. Anduvimos a tientas algunas horas preciosas, hasta llegar a un molino, con la incertidumbre en el espíritu de si nos recibirían o no. Amablemente, los molineros nos albergaron aquella noche. En otro viaje, mi compañero y yo llegamos a una posada, donde nos dijeron terminantemente que no había lugar. Sólo a fuerza de instancias logré que nos alojaran en una casa adjunta, donde la dueña, una viejecita, amiga de la posadera, nos cedió su gabinete y dormitorio por aquella noche. En aquella salita y dormitorio había sitio para José y María y todos los santos, representados en imágenes grotescas, e invocados en palabras que más parecían piropos que oraciones. A veces los posaderos se muestran fríos y reservados hacia el propagandista evangélico. En muchos pueblos no hay posada, y aunque en algunas casas reciben a transeuntes, se niega hospedaje al obrero bíblico, porque tampoco en la religión oficial de nuestro pueblo hay lugar para Jesús. Es natural que así ocurra, porque las características del mundo son sus deficiencias, sus limitaciones, su malicia. Pero no es el mundo nuestra mansión permanente.

2. *No debemos dar demasiada importancia al escenario de nuestros trabajos.* ¡En qué escenario tuvo lugar el nacimiento de Cristo, el acontecimiento más grande que registra la Historia! ¡Qué humildad, qué pobreza! Si bien fué la falta de lugar en el mesón y no la voluntad o malicia de enemigos lo que originó el contratiempo, éste fué el resultado de un concurso de circunstancias, preparadas por la Providencia a fin de que se cumpliera lo que estaba escrito. Jesús nació en un establo; predicó en una montaña; fué su púlpito una barquilla; le acompañaban los pobres; humildes lugares presenciaron sus milagros; sencillos auditores escucharon sus enseñanzas ¡Qué contraste entre la sublime persona y su sublime misión y los modestos lugares en que se desarrolló su ministerio! Sin duda, a veces consideramos que el Evangelio ganaría si pudiera presentarse con todas las atracciones

del lujo, rica presentación, escenario, teatralidad, esplendor, suntuosidad. Tenemos conciencia de que nuestra misión como obreros del Evangelio es grande, de que servimos una causa santa. Sentimos



A morir por mí...

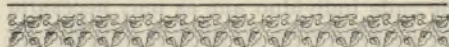
En un pesebre tosco
De humilde hospedería,
En brazos de María
Reposa el Salvador;
El que extendió los cielos
Y dió a la luz camino,
El sólo ser divino,
Se entrega por amor.

El Soberano artista,
El que hizo los cometas,
Los soles, los planetas,
La línea y el color;
El que hizo la armonía
Y en sendas expansiones
Trazó constelaciones,
Se entrega por amor.

La ciencia soberana
Que todo lo gobierna,
Y que es la fuente eterna
De vida y de calor;
Que llena el infinito
Y al tiempo es insensible,
El Ser inaccesible,
Se entrega por amor.

Amor que sobrepuja
Al pobre entendimiento
Del hombre a quien su aliento
Del polvo hizo surgir;
Amor incomprensible,
Amor inenarrable,
El Ser impenetrable,
Por mí vino a morir.

R. SAURÉN.



el deseo de realizar nuestra obra en lugares de importancia, en una capital, con preferencia a un pueblo; entre los grandes mejor que entre los humildes; donde nos puedan ver y apreciar, antes que en un rincón oscuro donde sólo Dios conozca nuestro trabajo. Sabemos que una buena plataforma contribuye a la celebridad y exaltación del hombre y de su causa. Así

que la meditación de este pasaje nos viene a recordar oportunamente cuanto de propia glorificación hay en nuestras aspiraciones, y que sin conceder demasiada importancia a lugares y ostentaciones mundanas, debemos predicar el Evangelio en todos los lugares, puesto que en todos hay almas necesitadas de salvación y vida eterna.

3. *No debemos dar demasiada importancia a la comodidad personal.* — Esto no es decir que despreciemos las cosas buenas o que abogemos por el ascetismo. Lo condenamos decididamente, porque sólo consiste en privaciones y sacrificios inútiles. El establo, el pesebre de Belén y las privaciones de Aquél que no tuvo donde reclinar su cabeza, son un reproche para el regalo material. Militando en las luchas de la vida por el reino de Dios, nuestro cuerpo debe hacerse a todo y aprender a pasarse sin muchas cosas. Debemos alcanzar el contentamiento de Pablo, que sabía tener abundancia y padecer necesidad. Aunque es un deber atender a la salud, no debemos olvidar que el regalo enerva e inclina al materialismo. La Historia nos cuenta cómo las blanduras de Capua enervaron a los guerreros de Aníbal, que antes pudieron destruir a los ejércitos romanos. El reino de Dios necesita hombres como los trescientos de Gedeón, que pudieron derrotar a los millares madianitas, porque lamen las aguas un instante para aplacar la sed y siguen a la empresa que llevan. En esto, como en todo lo demás, el Maestro nos dió el ejemplo, el primero.

4. *Y el pasaje nos enseña a recordar con placer la ley de las compensaciones y de las soluciones providenciales.* — El Niño que nace entre las bestias y es acostado en un pesebre, es adorado por ilustres personajes, y las nuevas de su natalicio son anunciadas y celebradas por un coro angelical. Cerca de Él, para prestarle todos los servicios necesarios, hay una mujer amantísima y un hombre de gran fe. Así es todo en el mundo. Cada cosa tiene sus ventajas y sus desventajas; su lado favorable y su lado desfavorable. Nada hay en absoluto completo. «Cosa cumplida, en la otra vida.» Para el creyente, cualquier contratiempo, por grande que sea, tiene siempre un contrapeso, una compensación. Él lleva dentro de sí, gracias a su Señor y Salvador, la gloria y la eternidad, y ¡cuán pequeño es todo lo demás al lado de esto!

Y aún hay que decir más: El contratiempo de la posada de Belén pudo solucionarse. Fué una solución provisional; pero fué suficiente para el caso. ¡Cuán grande es la fe cristiana! Ella nos asegura que si confiamos en Dios, Él provee salidas y soluciones para todas las contrariedades; ella ha hecho brotar en nuestro corazón un manantial de gloria que aun en las circunstancias más adversas inunda de celeste gozo la vida del creyente que la posee.

SALVADOR RAMÍREZ.

EL NIÑO JESÚS

UNA piadosa curiosidad desearía una larga y exacta relación de las palabras y acciones del Salvador durante todos los años de su infancia; pero el Evangelio guarda un prudente silencio de todo lo que se refiere a tal época, de la vida de Aquél que más tarde debía instruir al mundo con su doctrina y salvarle con el precio de su muerte.

Los evangelistas Mateo y Lucas, únicos que nos hablan de la infancia de Cristo,

Santo ha querido que sólo (¿sólo?) tengamos de dicha época el conocimiento que el Evangelio proporciona.

«El Niño crecía y se fortificaba»; es decir, era una víctima que *crecía* para ser sacrificada a la gloria de su Eterno Padre y por nuestra salud; que se *fortificaba* para llevar el peso de nuestros pecados y la pena debida por ellos. Entre Él y nosotros hay la gran diferencia de que nosotros vamos creciendo para multiplicar

«Y la gracia de Dios era sobre Él.» No soy capaz de describir cómo se manifestaría esa gracia en el más bello de los hijos de los hombres. Sólo pienso, al leer tales palabras, en aquella preocupación, que es común a todos los padres, de procurar a nuestros hijos aquellas gracias que los hagan más estimables ante nuestras amistades. Nuestros caminos son tan equivocados, que frecuentemente ocurre que apenas han llegado a la edad de la razón, ya perdieron toda su inocencia; antes de haber salido de la infancia, ya han adquirido hábitos viciosos que vienen a hacerse más fuertes con el tiempo...



LA INFANCIA DE JESÚS

(Cuadro de Van der Ouderaa).

se limitan a decir: Mateo, que «vino Jesús y habitó en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliese lo que fué dicho por los profetas, que había de ser llamado Nazareno», y Lucas, un poco más detallista, añade que «el Niño crecía y fortalecía y se henchía de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre Él». Este mismo evangelista, después de relatar el incidente ocurrido cuando el Niño tenía doce años y subió con sus padres a Jerusalem en el día de la Pascua, conforme a su costumbre, añade: «descendió con ellos, y vino a Nazaret, y estaba sujeto a ellos», repitiendo, por su parte, por todo comentario, las mismas palabras: «y crecía en sabiduría, en edad y en gracia para con Dios y los hombres».

Se ve, por lo tanto, que por encima de idealismos más o menos artísticos, en los que se nos quiere representar el cuadro de la vida de Cristo en su niñez, el Espíritu

nuestras culpas, sin pensar nunca, desgraciadamente, en *crecer* para amar a Dios y tomar fuerzas para servirle.

«Jesús crecía en sabiduría»; estaba *lleno* de ella, era la sabiduría misma, la sabiduría eterna de Dios; pero al decirsenos que *crecía* en ella, se nos indica que la manifestaría sólo en proporción al número de sus años, para poder ser el modelo de todas las edades. Por eso creo que los padres no podríamos presentar a nuestros hijos mejor modelo que el de Cristo, sabiendo comentar debidamente a ellos esas pocas pero luminosas ideas que tocante a su niñez nos proporciona el Evangelio.

Y así se deslizarían sus primeros años, escondido en aquel humilde retiro de Nazaret, distinguiéndose con aquellos tratos de dulzura, sumisión, docilidad y prudencia que le hacían amable a los ojos de Dios y de los hombres.

Algo hay, seguramente, en aquella sabiduría increada, escondida bajo los velos de la niñez, que nos puede iluminar y guiar para la buena educación de nuestros hijos. *Humildad y obediencia* parecieron ser los elementos principales de su educación, y por mucho que nosotros queramos enseñar a nuestros hijos, ningún progreso veremos en ellos si hemos descuidado aquéllos. Humildad y obediencia deben formar el espíritu interior que anime sus futuras actividades. Nunca he creído que pueda ser reputada como cosa lamentable el no estar en condiciones de poder hacer grandes cosas por Dios; para mí, lo importante es que una vida, por escondida que permanezca — quizá cuanto más escondida estará más segura —, esté siempre dispuesta, en la práctica de aquellas obligaciones, las más inferiores, las más comunes, a no decir jamás, *basta...*

ELÍAS MARQUÉS.

NATIVIDAD

¡Gloria a Dios en las alturas,
Que mostró su grande amor,
Dando a humanas criaturas
Un potente Salvador!
Con los himnos de los santos
Hagan coro nuestros cantos
De alabanza y gratitud,
Por la divinal salud;
Y digamos a una voz:
¡En los cielos, gloria a Dios!

Gloria a Dios la tierra cante,
Al gozar de su bondad,
Pues le brinda paz constante
En su buena voluntad.
Toda tribu y lenguas todas
Al Excelso eleven odas,
Por el Rey Emmanuel
Que les vino de Israel;
Y prorrumpen a una voz:
¡En los cielos, gloria a Dios!

Gloria a Dios la Iglesia entona,
Rota al ver su esclavitud
Por Jesús que es su corona,
Su cabeza y plenitud.
Vigilante siempre vive
Y a la lucha se apercibe,
Mientras llega su solaz
En la gloria y plena paz,
Donde exclamará a una voz:
¡En los cielos, gloria a Dios!

JUAN B. CABRERA.

La mayor riqueza

El que a darnos vida viene
Y tan pobre al mundo sale,
El cielo todo no tiene
Riqueza que se le iguale.

Este que en pobres pañales
Veis envuelto, niño tierno,
Es vida, ser y gobierno
De los coros celestiales;
Y con su poder sostiene
Lo que más y menos vale;
El cielo todo no tiene
Riqueza que se le iguale.

La soberana grandeza
Tan pobre quiere nacer,
Sólo para enriquecer
Con esto nuestra pobreza.
Y Él sabe que así conviene
Que el divino amor señale,
Puesto que el cielo no tiene
Riqueza que se le iguale.

PEDRO DE PADILLA.

Letra de
Juan B. Cabrera

NATIVIDAD

(Himno a tus voces)

Música de
Felipe Orejón

RIMA

Siempre, cuando se acerca
el día de tu fausto nacimiento,
quise, Jesús, loar en canto alegre
el amor con que bajas de los cielos
para calmar nuestras profundas penas
y darnos en tu gloria el bien supremo.

Desde el radiante trono
miraste al hombre a perdición sujeto,
con su mente sumida en los errores,
sin elevar a Dios su pensamiento,
apegado a la tierra
y cada vez de la virtud más lejos.

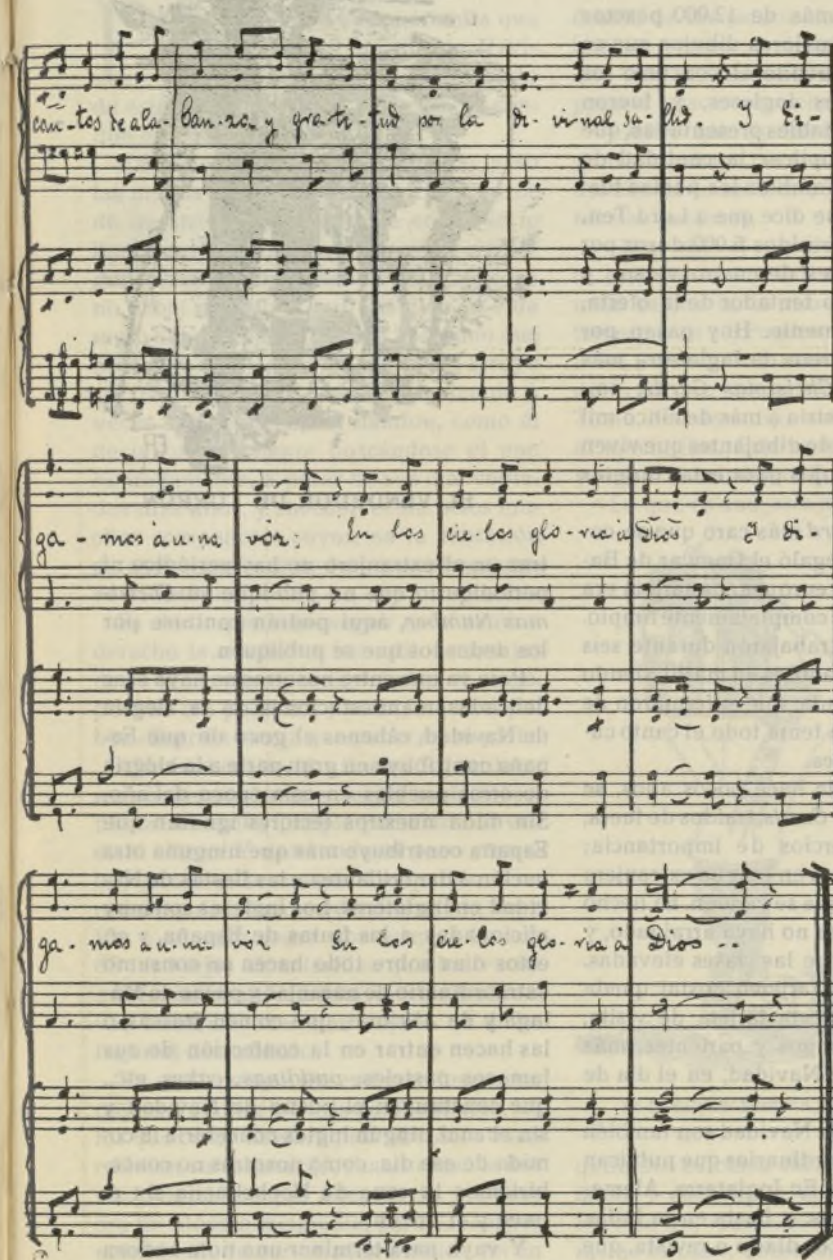
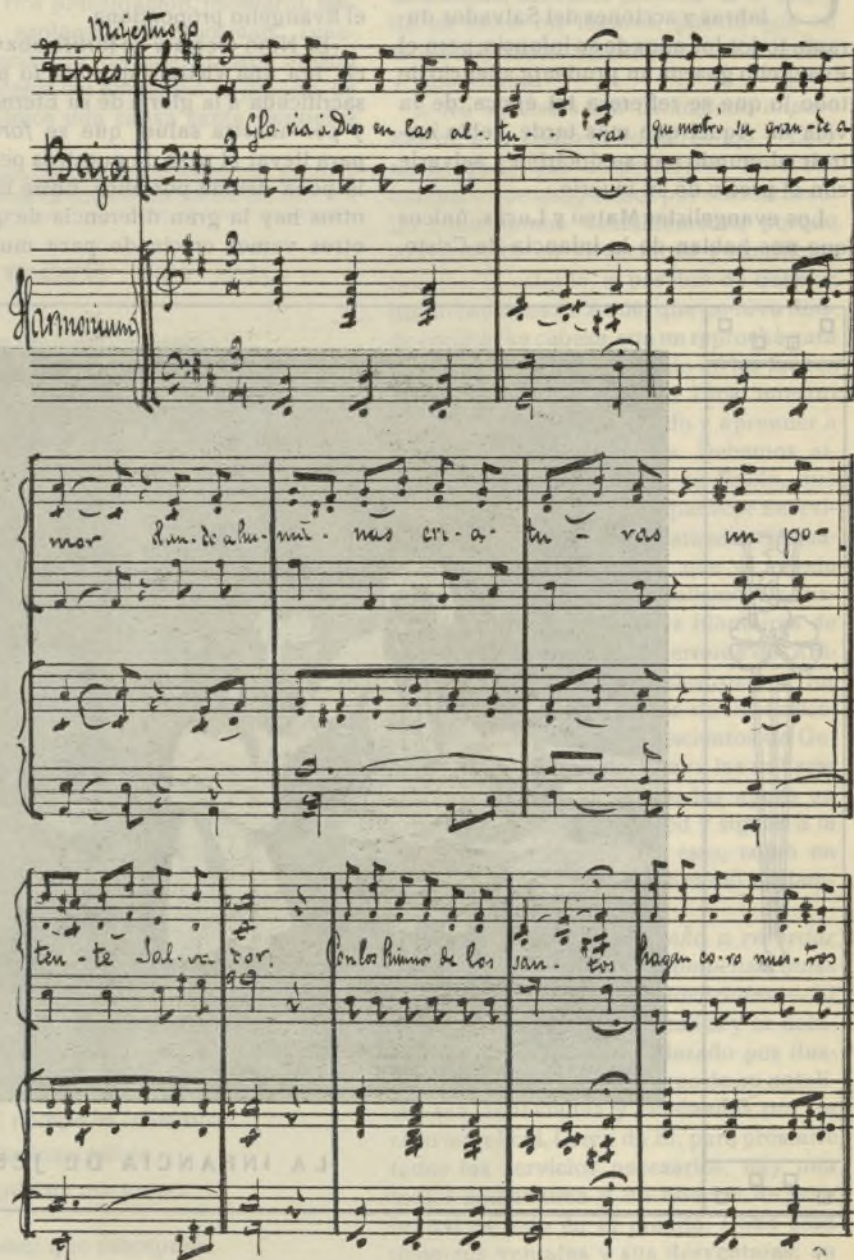
Le viste en su impotencia,
cual náufrago perdido en mar soberbio,
cual enfermo de muerte, cual esclavo
bajo tirano dueño,
y le tendiste cariñosa mano;
le traes la salud, cual sabio médico,
y rompes las cadenas
que no pudo romper con sus esfuerzos.

Para cumplir misión tan portentosa,
dejas tu trono y tu palacio regio,
depones tus gloriosas vestiduras
y te humillas, Señor, hasta el extremo
de revestirte de la humana carne
de madre virgen en el puro seno.

Mucho te humillas en la humana forma,
siendo Tú Creador del Universo,
aunque vinieras a ocupar el trono
de un dilatado reino;
¡mas esa humillación es asombrosa
al tomar, oh Jesús, forma de siervo,
haciéndote obediente hasta la muerte,
y muerte en un madero!
¿Qué diamante perdió jamás su brillo?
¿Qué sol apaga sus fulgores bellos?
Tú te despojas de tu excelsa gloria,
para ser el varón de sufrimiento,
la víctima expiatoria del pecado,
que Dios cargó sobre tu santo cuerpo.

Cuando el alma contempla
a la luz de la fe tu nacimiento;
cuando te ve tendido en el pesebre,
en pañales envuelto,
en el oscuro establo, donde velan
José y María tu tranquilo sueño,
en reverente culto a Ti se eleva,
tributándote justo acatamiento;
sabe que es infinita tu grandeza,
aunque te ve pequeño;
que tienes fortaleza y poderío,
aunque te ve indefenso;
que es tu ciencia infinita,
aunque aprendas, de niño, con maestro;
y sabe que tu muerte redentora
cambia nuestro destino por completo.
Con esta fe te alaba;
con júbilo repite el canto angélico,
y en la dichosa eternidad espera
loar tu Nombre con cantares nuevos.

C. ARAUJO.



Arbolito de Navidad

... cargado de estrellitas, y en torno los pequeños
con los ojos clavados sobre las lucecillas
que en el pino se yerguen... sentimos como en sueños
la voz de los rapaces cantando las sencillas
voces de aquellos ángeles, cuando en dulces halagos
dieron a Dios la gloria e iba la gran estrella
iluminando campos e invitando a los Magos
a seguir el camino de sus celestes huellas.

¡Oh, qué bella la fiesta en torno al arbolito!
¡Qué sabor más ingenuo! ¡Qué amor más infinito
el cantar de los niños al Nacido en Belén...!

Si parece que el tiempo detiene su carrera
y nos vemos en medio de nuestra edad primera
cantando y alegrándonos, como niños también.

C. GUTIÉRREZ MARÍN.

Ojos hace el cielo
Todas sus estrellas,
Por mirar con ellas
A Dios en el suelo.

Páranse a mirar
Planetas y signos
Misterios tan dignos
De considerar.

Y ojos hace el cielo
Sus cabrillas bellas
Por mirar con ellas
A Dios en el suelo.

CACCIÓN

El Norte, admirado,
La bocina toca,
Y a mirar provoca
Al Verbo humanado.

Y ojos pide el cielo
Haga sus estrellas,
Por mirar con ellas
A Dios en el suelo.

ANÓNIMO

La llegada de los Magos

Belén, cubierta estás de los camellos
Que el agua de Fisión y el Indo beben,
Y para que sus grandes dones lleven,
Oro e incienso te presenta en ellos.

Los dromedarios de encorvados cuellos
Sobre ti con olores puros llueven,
Y por tu adoración gentes se mueven,
Do muestra el sol en llamas sus cabellos.

¿Qué tienes, di, Belén, que tanta gloria
De reinos, animales y riqueza
Te cubre de Judea con asombro?

Excelsa Majestad, no transitoria;
Dios relumbrante en virginal limpieza;
Rey que su imperio se lo pone al hombro.

LUIS DE RIBERA.

Costumbres de Navidad

La alegría de Navidad es un tema que, sin duda, han explotado todos los literatos, dando origen a numerosos cuentos y leyendas, que son leídos, por chicos y grandes, con singular deleite, especialmente en los días en que la Cristiandad recuerda la venida del Redentor. Esa alegría ha dado lugar también a muchas costumbres, que pasan de padres a hijos, aunque sufriendo, como es consiguiente, las veleidades de la moda.

En ocasión semejante a la de hoy, hablamos de algunas de estas costumbres: la comida de familia en el día de Navidad, o la cena de Nochebuena, si de nuestro país se trata; el Nacimiento, entre nuestros niños, o el arbolito, entre los pequeños de los pueblos del Norte. Hablemos ahora de otras manifestaciones de esa misma alegría: de las que hallan su expresión en las artes gráficas, más comunes en otros pueblos que en el nuestro.

Tenemos, ante todo, los *Christmas Cards*, o tarjetas de Navidad, que se cruzan entre la familia y los amigos en estos días, especialmente en Inglaterra. Esta costumbre no es tan antigua como parece. Hace unos ochenta años, un joven pintor inglés, llamado Dobson, queriendo mostrar su afecto a un amigo, al que quería entrañablemente, pensó enviarle, por Navidad, una cartulina pintada, representando un grupo de amigos brindando por los ausentes. El pequeño cuadrado y la original idea de su autor fueron tan celebrados por los amigos del que recibió aquella tarjeta, que a la Navidad siguiente imitaron a Dobson, pintando, en sus tarjetas de felicitación, figuras y paisajes, y la costumbre se fué extendiendo con tal rapidez, que unos editores londinenses vieron en ella un negocio, y empezaron a editar tarjetas de Navidad muy modestas.



EL PAVERO

La nueva industria adquirió tales proporciones, que a los pocos años los mismos editores ofrecían más de 12.000 pesetas en premios a los mejores dibujos que se les enviaran, acudiendo al concurso los mejores dibujantes ingleses, y fueron tantas las obras notables presentadas, que se hizo preciso duplicar la cantidad de premios ofrecida. También los poetas fueron solicitados, y se dice que a Lord Tennyson le fueron ofrecidos 5.000 duros por ocho composiciones de cuatro versos, y que no obstante lo tentador de la oferta, la declinó cortésmente. Hoy pasan por las oficinas de correos de Inglaterra más de 35.000.000 de *Christmas Cards*; empleando esta industria a más de cinco mil personas, y habiendo dibujantes que viven sólo de pintar dibujos para estas tarjetas de Navidad.

El *Christmas Card* más caro que se conoce fué el que regaló el Gaewar de Baroda a una señora europea. La tarjeta era una placa de marfil completamente limpio. En su confección trabajaron durante seis meses cuatro grabadores en marfil, siendo la labor tan delicada, que enfermaron de la vista. La tarjeta tenía todo el canto cubierto de diamantes.

En España, desde hace pocos años, se ven los *Christmas Cards*, traídos de fuera, en algunos comercios de importancia; pero el estar escritos en lengua extranjera y el alto precio a que se venden, ha hecho que esta costumbre no haya arraigado, y sólo se observe entre las clases elevadas. Entre nosotros, el tarjeteo postal queda reducido a la modesta tarjeta de visita, que se cruzan amigos y parientes, más que en la fiesta de Navidad, en el día de Año Nuevo.

Característicos de Navidad son también los números extraordinarios que publican muchos periódicos. En Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, y hasta en la India, raro es el periódico, diario o revista, que no publique su número de Navidad, llegando en esto a hacer verdadera competencia unos periódicos con otros. Hay números que resultan verdaderas obras de arte, y que constituyen delicados obsequios con que las empresas periodísticas regalan a sus clientes. Tenemos a la vista algunos de los publicados este año, como por ejemplo el *Graphic*, de Londres, y no puede darse más gusto en la presentación tipográfica, más belleza en las láminas, ni más variedad en el texto. Algunos de los periódicos hacen tiradas enormes del número de Navidad, que circulan profusamente en el país en que se publican, y que llegan a todos los puntos importantes del mundo. En España, algunos periódicos han tratado de hacer algo semejante; pero no han llegado ni con mucho a sus colegas de fuera, y por falta de gusto o por sobra de mezquindad no han sabido atraerse el favor del público. Mien-



EL VENDEDOR DE TURRÓN

tras en el extranjero no hay periódico ni periodiquito que no publique su *Christmas Number*, aquí podrán contarse por los dedos los que se publiquen.

Pero ya que entre nosotros no haya esas delicadas manifestaciones de la alegría de Navidad, cábenos el gozo de que España contribuye en gran parte a la alegría de otros pueblos en esta época del año. Sin duda nuestros lectores ignoran que España contribuye más que ninguna otra nación a dar brillantez a las fiestas de Navidad en Inglaterra. Los ingleses son muy aficionados a las frutas de España, y en estos días sobre todo hacen un consumo extraordinario de naranjas y pasas de Málaga y de Alicante, que comen frescas o las hacen entrar en la confección de sus famosos pasteles, *puddings*, *cakes*, etc., que constituyen el postre de Navidad y sin el cual ningún inglés concebiría la comida de ese día, como nosotros no concebiríamos la cena de Nochebuena sin el pavo y el turrón.

Y vaya para terminar una nota curiosa para los golosos. De todos los pasteles y dulces de Navidad que se han fabricado, no se recuerda uno de mayores proporciones que el que mandó amasar Federico Guillermo I, de Prusia, para obsequiar a 30.000 soldados. El pastel tenía 16 metros de alto y siete y medio de ancho, y en su confección habían entrado 13 hectolitros de harina, una tonelada de manteca, 5.000 huevos y 900 litros de leche. Semejante pastel fué transportado en un carro tirado por ocho caballos. Y si, lector, dijeres ser cuento; como me lo contaron te lo cuento.

FERNANDO CABRERA.

TAPAS PARA "ESPAÑA EVANGÉLICA"

Madrid: 2,50. — Provincias: 3,00. — Extranjero: 3,50

“GORRIÓN”

Cuento de Navidad

PUES señor, vaya una mañanita que se presenta por ser día de Navidad! Lo que es si sigue lloviendo de este modo, me retiro a mi palacio aunque no coma en un mes.»

Así monologaba, soplándose de paso las manos para ahuyentar el frío, el héroe de nuestro cuento. Y no se crea que lo llamamos héroe a humo de pajas y por seguir la costumbre, pues si bien «Gorrión» no había matado ni aun visto en su vida moro alguno, no era poco el heroísmo que necesitaba para vivir en medio del arroyo sin freno ni calor de familia, luchando a veces a *bofetás* con el hambre, como él decía, pero siempre buscándose el pan honradamente, a pesar de sus mal contados diez años, y sin caer, como otros muchos compañeros suyos, en la tentación de comenzar la cómoda y lucrativa carrera de ratero.

Es cierto que a proseguir en el camino derecho le ayudaban los sabios consejos de su viejo y buen amigo Colás el ciego, pero no era poco, así y todo, lo que el pobre «Gorrión» tenía que poner de su parte.

«¡Nada, a casita, que llueve! Aguardaremos a que escampe y luego saldremos a buscar el bollo, porque por ahora lo veo en el alero.» Y apretando el paso y arrebujándose en su menguado capotillo, «Gorrión» se dirigió a los derribos de la Gran Vía y se coló como por su casa en una de las viejas alcantarillas que los vaciados hechos para cimentación de las nuevas construcciones han dejado en dicho lugar al descubierto.

Ya se disponía a encender un fuego con papeles, astillas y otros combustibles, de los que como hombre previsor tenía buen retén en su escondrijo, cuando cesó la lluvia. «Gorrión», que además de previsor era un filósofo incipiente, pero capaz, por el hecho de haber cursado su filosofía en la universidad de la vida, de dar quince y raya a más de un doctor graduado en Salamanca, escondió en uno de los recovecos de su alojamiento la leña que se disponía a encender y renunciando a calentarse echó a la calle diciendo para sí:

«Lo primero es buscar que comer, que lo de calentarse no es cosa difícil. Puede que en la Estación del Mediodía *pesque* alguna maleta, si no sigo hoy con la mala sombra de ayer. ¡Es que no cabemos ya en el mundo ni de lado! Para cada maleta somos veinte a echarnos encima. ¡Y luego estos paletos son tan desconfiados! Los hay que no sueltan el equipaje ni con dineros encima. En fin, allá veremos.»

Y sin cavarlo más, nuestro *hombre* se encaminó a la Estación de Atocha y se apostó en la puerta de salida. Al poco tiempo llegó el correo de Andalucía y comenzaron a salir los viajeros. «Gorrión» contempló, con un desprecio olímpico, el

desfile de los paletos desconfiados, y con instinto seguro se dirigió a un caballero que con una enorme maleta en la mano parecía buscar un coche.

— ¿Hay que llevarla, señorito? — preguntó, al mismo tiempo que echaba mano del asa de la maleta para evitar competencias enojosas.

— No — dijo el caballero —; seguramente está mi automóvil esperándome. Lo malo es que no lo veo — dijo mirando a todas partes —. Puede ser que no haya venido; y como vivo a mediación del Paseo del Prado, no vale la pena tomar un coche. Toma, llévala — dijo, alargando la maleta al muchacho. Este se la echó al hombro y siguió al caballero, diciendo entre sí:

«Lo que es una *pela* no hay quien me la



Se la echó al hombro y siguió al caballero.

quite. No es chica suerte haberla *amartillado*, y eso que la maleta pesa lo suyo. Pero en fin, «con el sudor de la frente comerás el pan», como dice mi compañero de *hotel*, Colás el ciego. Si de aquí saco una peseta y luego tengo la suerte de coger una ración de rancho en el Cuartel de la Montaña, me veo comiendo turrón esta Navidad como los grandes.»

Entregado a tan *dulces* reflexiones corría «Gorrión» detrás del caballero, cuando éste, parándose ante una casa próxima al final del Paseo y recogiendo su equipaje le puso en la mano un real. El chico se quedó desconcertado al ver que el turrón con que soñó echaba alas, y con voz doliente dijo al caballero:

— Bien podía el señorito darme una pesetilla por ser Navidad.

— Con un real estás más que bien pagado — contestó aquél —, porque el trayecto es bien corto.

— Pero la maleta es bien grande, señorito, y además...

— Te digo que estás bien pagado, con que trota y no repliques.

— ¿Cómo no voy a replicar si mi trabajo vale...?

En aquel momento pasaba cerca un guardia de orden público y el caballero lo llamó:

— Guardia, este chico comienza a insolentarse. Haga el favor de reprenderlo.

El representante de la autoridad, sin meterse en más averiguaciones y sin hablar palabra, arrimó a «Gorrión» un par de pescozones y un puntapie de maestro, y después, reflejando en el rostro la satisfacción del deber cumplido a poca costa, reanudó su interrumpido paseo mientras el pobre chico se alejaba rascándose y diciéndolo filosóficamente para su capote:

«Bien decía yo esta mañana que lo de calentarse no era cosa difícil... sobre todo con guardias como éste.»

* * *

Hacia la caída de la tarde podía verse a «Gorrión» subir por la calle de Bailén rebosante de alegría y con una enorme lata en la mano. El día se había enmendado. No sólo había ganado otros dos reales descargando leña, sino que además había tenido la suerte de coger ración doble en el Cuartel de la Montaña. La cena estaba, pues, asegurada y no faltaba más que invertir en turrón los tres reales para coronar la fiesta.

Antes de dirigirse a su *hotel*, «Gorrión» decidió echar un vistazo a los escaparates de la Calle Mayor y alargarse hasta la Plaza de Santa Cruz para ver los «nacimientos». Subió con este objeto por la calle de Pontejos y ya se disponía a entregar su capital a un turrónero pseudo-alicantino, cuando vió que por su lado pasaba llorando amargamente un pequeñín como de tres años de edad, que evidentemente se había perdido.

«Gorrión» se acercó a él y le preguntó dónde vivía; pero como el pequeño no hacía otra cosa que llorar por su madre, lo tomó en brazos, lo consoló lo mejor que pudo diciéndole que su madre vendría enseguida por él, y con cuatro caricias y un real de peladillas consiguió realizar el milagro de tranquilizar a la pobre criatura, y saber que se llamaba Juanito.

«Este niño — se dijo nuestro héroe — parece, por la ropa, de familia rica. Acaso lo haya sacado su madre a ver los «nacimientos» y se haya perdido entre la gente. Como la Plaza de Santa Cruz está a dos pasos lo llevaré allí y tal vez encuentre a su madre.»

Como lo pensó lo hizo, aunque sin resultado. Cargado con el chico se fué después a la Plaza Mayor esperando tener mejor fortuna, pero tampoco la tuvo. La noche se echaba entre tanto encima y el frío era cada vez más intenso. Comenzaron a caer algunos copos de nieve sueltos y pronto la nevada se formalizó hasta dejar las calles casi desiertas. «Gorrión» no sabía ya qué partido tomar. Pensó en buscar un guardia para entregarle el chico, pero además de que con la nevada no se veía uno ni para un remedio, la pobre



«Gorrión» se vió obligado, para hacerle callar, a comprarle una trompeta.

criaturita perdida, al oír hablar de tal cosa comenzó a llorar como un desesperado. «Gorrión» desistió, pues, de la idea, no sólo por el llanto del chico, sino también porque eso de hablar con un guardia, que podía resultar de los que zurren sin decir palabra, era cosa para pensarla despacio.

Como la nieve no paraba de caer y el chico lloraba y comenzaba a temblar de frío, «Gorrión» se vió obligado, para hacerle callar, a comprarle una trompeta en uno de los puestos de juguetes de la Plaza Mayor con los dos únicos reales que le quedaban, lo que en seguida convirtió en sonrisas las lágrimas de Juanito.

— Mira, *pituso* — le dijo muy serio «Gorrión» —, me parece que esta noche vas a tenerla que pasar en mi palacio de la Gran Vía. Te llevaré allí para que puedas calentarte y dormir, y mañana será otro día, y buscaremos a tus padres. Y sin más vacilaciones se dirigió con su carga a los derribos, y entró en la alcantarilla que le servía de albergue nocturno. Al poco rato un fuego magnífico calentaba, iluminaba y alegraba el interior del oscuro túnel, y «Gorrión» acomodaba a su pequeño huésped cerca de la lumbre para que se secara, al mismo tiempo que ponía al calor la lata de rancho que había de servirle de cena.

— Ríete tú de la calefacción central y de los pavos de Nochebuena — dijo con buen humor al pequeño, el cual se entretenía con las peladillas mientras el rancho se calentaba —. Parece que hay hambre, ¿eh?

En este momento se oyó al exterior el golpear acompasado de un báculo en el suelo, y el pequeño rompió a llorar lleno de miedo.

— No llores, hombre, ni te asustes — le dijo «Gorrión» —. Es mi amigo, consejero y maestro Colás el ciego que viene a hacernos compañía. Ya verás cómo toca el violín para alegrarte la Navidad.

Efectivamente, al poco rato apareció en la boca del túnel el ciego

Colás guiado por su perro y con su violín a la espalda.

El consejero y amigo de «Gorrión» era un hombre como de unos setenta años. Su cara noble y simpática, aunque carecía de la expresión que da la vista, estaba iluminada por una sonrisa apacible que hacía pensar si el pobre ciego, privado de la luz del día, no tendría misteriosa y providencial compensación en las visiones de su espíritu. Y así era en efecto; porque Colás el ciego, al perder la vista había encontrado al que es la Luz del mundo y con Él la fuerza y alegría suficientes para llevar con resignación su desgracia.

— Buenas noches y buen olor, amigo «Gorrión» — dijo el recién llegado quitándose la manta en que venía envuelto y acomodándose cerca del fuego.

— Pues ya sabe usted que lo que bien huele, mejor sabe — contestó el dueño de la casa —, y que está a su disposición; sólo que esta vez en lugar de dos somos tres a comer y tocaremos a menos. — Y «Gorrión» contó al ciego el encuentro de Juanito, el cual antes de mucho era amigo de Colás, del perro y hasta del viejo violín.

Terminada la pobre cena, a la que no fué Juanito el último en hacer los honores, y *levantados los manteles*, «Gorrión» avivó el fuego con un brazado de astillas y palos que sacó de su recóndito y misterioso escondrijo, y todos, incluso el perro, se acomodaron alrededor de la hoguera lo mejor que pudieron.

— No se está mal aquí oyendo cómo el viento gruñe y cae la lluvia por fuera — dijo el *anfitrión* a sus huéspedes —. Ahora sólo falta que para entretener a Juanito y a quien no es Juanito, el señor Colás nos cuente alguno de los muchos cuentos que sabe.

— No va a ser cuento — respondió el ciego —, sino una historia como no hay otra: la historia de un Niño que nació en una noche como ésta. — Y Colás narró a sus pequeños oyentes con palabras sencillas, pero impresionantes y hasta elocuentes, la historia, antigua y siempre nueva, del Niño que, dejando el cielo, vino a la tierra



El consejero y amigo de «Gorrión» era un hombre como de unos setenta años...

a salvar a los hombres. Este Niño — dijo a Juanito — también se perdió una vez, como tú ahora, y por eso cuida mucho de los niños que se pierden, para que no les pase nada mientras sus padres dan con ellos. Este Niño — dijo a «Gorrión» — también supo, como tú y como yo, lo que es no tener dónde dormir ni qué comer, y por eso nunca nos dejará desamparados. Los dos niños escuchaban al ciego con la boca abierta. Cuando hubo terminado de hablar, «Gorrión» le pidió que tocara alguna cosa en el violín para alegrar al pequeño, el cual, recordando sin duda a sus padres, comenzaba a pujar. Colás sacó entonces de su funda el viejo y lustroso violín, y pronto, en el estrecho recinto, resonaron sonoras y armoniosas las alegres notas de un villancico de Navidad, a las que antes de mucho se unían los pitidos estridentes de la trompetilla de Juanito que, sintiéndose filarmónico, soplabla el desafinado instrumento con todas sus fuerzas.

Al cabo de un rato de haberse oído las diez en un reloj lejano, el pequeño comenzó a cabecear y se quedó dormido con la trompeta en una mano y el papel de las peladillas en la otra. Era preciso acostarlo, pero, ¿dónde? Colás tuvo que ceder su manta para echar al chico y el pobre «Gorrión» tuvo que taparlo con su propio capote.

— «En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos — dijo Colás besando al niño — a mí lo hicisteis.»

* *

Una vez acostado el pequeño, «Gorrión» echó leña al fuego para no notar tanto la falta del capote y se sentó al lado de su amigo, al cual contó sus aventuras de aquel día, incluso el incidente del caballero de la maleta.

En esta conversación estaban cuando sintieron acercarse a toda carrera, y parar, no muy lejos, un automóvil, y al poco rato escucharon la voz de un hombre que decía:

— Por aquí es donde, según me



Colás sacó entonces de su funda el viejo y lustroso violín...

han dicho, duerme ese golfillo que ha encontrado a nuestro hijo, María. ¡Quiera Dios que sea verdad!

— Si, mira — contestó con ansiedad una voz de mujer —; en aquella alcantarilla hay luz. Tal vez allí...

— Pues, vamos — dijo el hombre echando a correr por encima de los escombros.

Segundos después ambos estaban dentro del túnel, y la madre, llorando, besaba y estrechaba entre sus brazos a Juanito. «Gorrión», al darse cuenta de lo que ocurría saltaba de contento; pero al contemplar a la luz de la hoguera la cara del hombre que besaba al niño, se quedó hecho una estatua. Era, ni más ni menos, el caballero de la maleta de, para él, triste recuerdo. El caballero, por su parte, también le reconoció a él y se puso rojo de vergüenza, mucho más cuando se fijó en la trompeta y los dulces que Juanito tenía en las manos. La madre, que también se había dado cuenta de la solicitud con que el pobre niño del arroyo había cuidado al suyo, abrazó a «Gorrión» llorando, y el padre, conmovido, hizo lo mismo, pidiéndole perdón.

Colás el ciego, que hasta entonces había estado callado, contó a los padres lo que «Gorrión» había hecho con su niño, recogiendo, quitándolo de la calle después de ir por todas partes buscándolos a ellos; comprándole dulces y una trompeta con el dinero que pensaba gastar en turrón; dándole de comer y procurando distraerlo, y, por último, hasta quitándose la capa para abrigarle. — Mi amigo y discípulo — terminó Colás — ha resultado en este caso un fiel discípulo del Maestro que dijo: «Amaos los unos a los otros», pues esta noche, en que se celebra su nacimiento, ha sabido cumplir su mandato.

El padre de Juanito estaba confuso y avergonzado. Era preciso poner fin a la escena; pero, ¿cómo marcharse dejando allí en la miseria y el desamparo al que tan bien había obrado con su hijo? Además, Juanito parecía dispuesto a no marcharse sin su cariñoso protector y amigo, cuya mano no soltaba en modo alguno. Marido y mujer se miraron y cada uno leyó en la mente del otro el mismo pensamiento.

— Tenemos que llevarnos a este niño con nosotros para educarlo y adoptarlo por hijo — dijo la mujer, abrazando de nuevo a «Gorrión».

— Lo agradezco en el alma — dijo éste cogiendo con la mano que Juanito le dejaba libre, la del pobre ciego Colás, que lloraba de alegría —; pero por nada del mundo dejo yo solo y abandonado, a mi amigo y maestro. Prefiero quedarme y pasar fatigas con él.

Marido y mujer volvieron a mirarse, y esta vez fué él el encargado de tomar la iniciativa.

— Está visto — dijo — que Dios nos indica el camino a seguir, ¿no es verdad, María? ¿Quién rompe esta cadena formada por manos que se estrechan y corazones que se aman, en una noche en la que,

como dice el pobre ciego, nació el que dijo a los hombres que se amaran como hermanos? Hagamos esto por amor suyo y Él nos bendecirá y bendecirá a nuestro hijito desde el cielo. Al automóvil todos, y bendito sea Dios que nos ha devuelto a nuestro hijo y nos ha dado tal lección por medio de este pobre niño. — Y diciendo esto tomó en brazos a Juanito y se dirigió al coche seguido de los demás.

— Gloria en las alturas a Dios y en la tierra paz; buena voluntad para con los hombres — gimió con voz entrecortada por la emoción Colás el ciego tirando de su perro.

JOSÉ CARABALLO.

(Dibujos de Tute.)

Domingo de la Prensa.

Donativos y colectas para ESPAÑA EVANGÉLICA.

	Pesetas.
Suma anterior	1.107,02
Esfuerzo Cristiano, Valencia. . .	10,—
Iglesia de Cristo, Málaga	6,05
Esfuerzo Cristiano, ídem	8,40
Dolores Vidal, ídem	5,—
F. A., ídem.	7,—
Marcos XII, 42, ídem	0,55
Anónimo, Fetan (Suiza).	30,—
Misión Evangélica, Centenillo. .	21,50
Un sueco, Barcelona	1,—
Paulina Vernet, ídem.	4,—
TOTAL.	1.200,52

ANÉCDOTAS

Cuando el jefe del Departamento de Bomberos de Nueva York era niño, al jugar cierto día con fósforos, prendió fuego a una parva, lo cual le asustó de tal manera que corrió a casa y se ocultó debajo de una cama. Esto, además de enseñarle al jefe lo perjudicial que es el fuego y el peligro que entraña el jugar con fósforos, le enseñó también que el primer impulso del niño es esconderse del fuego. Por esto ha decretado, hace poco, que en caso de un incendio los bomberos miren siempre debajo de las camas para ver si hay niños escondidos allí.

Cierto conde ruso fué a la princesa Isabel y la instó a que se marchara al palacio para asegurar su derecho al trono que estaba vacante. Ella vacilaba y temía hacerlo. Entonces el conde dibujó dos cuadros y se los mostró. El uno la representaba a ella sufriendo la tortura y al conde en el cadalso. El otro la representaba ascendiendo al trono. Le dió a elegir; y a la mañana siguiente era emperatriz de todas las Rusias. Para todo plan se necesita valor, y cuanto mayor sea la empresa, tanto más valor se requiere; pero, también, tanto mayor es la recompensa que se proporciona.

Un aguinaldo para el Hospital Evangélico.

El Tesorero del Patronato del Hospital Evangélico llama la atención de los hermanos en la fe al estado lastimoso de la caja de dicha institución benéfica.

Al inaugurarse el Hospital, todos los evangélicos hubieron de alegrarse, porque respondía a una necesidad sentida por todos, y muchos expresaron su satisfacción enviando donativos que han ayudado a la labor benéfica que el Hospital ha venido realizando.

Desgraciadamente, parece que con el tiempo esos entusiasmos se han ido enfriando, hasta el punto de hacernos pensar seriamente si podremos continuar con la empresa. Sería muy sensible el vernos precisados a cerrar el Establecimiento por falta de recursos.

Apelamos, pues, a los generosos sentimientos de los evangélicos españoles para que no queden sin asistencia hermanos en la fe, que se verían precisados a ingresar en hospitales del Estado, donde se verían expuestos a los conflictos religiosos que todos conocemos.

No es nuestro propósito al hacer este llamamiento, empobrecer a unos para enriquecer a otros, sino, como dice el Apóstol San Pablo, «para que haya igualdad» y para que los que disfrutan de salud y no se ven en la indigencia, remedien las necesidades de los hermanos que atraviesan por esta prueba.

Por otra parte, este es el único medio por el cual podemos hacer algún beneficio a nuestro Salvador, porque cuando seamos llamados al Juicio del último día, le oiremos decir: «Estuve enfermo y me visitasteis» — «¿Cuándo, Señor?» — «En cuanto lo hicisteis a uno de estos pequeños que creen en mí, a mí lo hicisteis.»

Cualquier donativo, por pequeño que sea, será recibido con toda gratitud por el Tesorero del Patronato, Enrique Lindgaard, Noviciado, 3 B. Madrid. Estamos seguros que los evangélicos españoles, que en ocasiones como ésta han respondido al llamamiento de los soldados y de los hambrientos en Rusia, no permanecerán indiferentes al triste clamor de los enfermos.

Lectores de la Biblia.

El folleto publicado por la Asociación Internacional de Lectores de la Biblia, y que contiene los temas para la Escuela Dominical, para 1923, y referencias para la lectura diaria, ha salido ya a luz. Se envía a todo el que lo pida mediante el pago del correo únicamente. Dirigirse a Sociedad de Publicaciones Religiosas, Flor Alta, 2 y 4, 1.º, Madrid.

Esfuerzo Cristiano

Males de la indiferencia.

Dom., 31 Diciembre. Hebreos, 2, 1-7.

Lema para la reunión.

«Es menester que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, porque no nos deslicemos.» (Heb., 2, 1)

Discurso de introducción.

Pocas cosas traen mayores perjuicios a los hombres que la indiferencia. Por indiferencia sufren unos desnudez y hambre; por indiferencia mueren muchos abandonados; por indiferencia no se atiende a la educación y regeneración del pueblo; y, lo que es más grave, por indiferencia muchas almas se pierden. El que tiene un corazón indiferente es culpable de muchos de los males que afligen a su prójimo, y a la postre se inferirá el mismo irremediable daño. Huyamos de la indiferencia. Conviene poner el mayor interés en las necesidades del mundo, reflexionar sobre el bien que puede ejercerse sobre otros, ocupar la mente y el corazón en todo lo que a nuestro propio bienestar futuro se refiere.

Sugestiones bíblicas.

Cada uno de nosotros hemos oído y leído bastante para hacernos prudentes, si nos lo hemos apropiado, trayéndolo a la memoria. (V. 1.)

Nosotros somos salvos, o estamos aún en condenación; no hay término medio. Y la consideración de esto debiera tenernos en continua meditación. (V. 3.)

La gratitud por el honor que Dios nos hace al pensar en nosotros y tener planes con nosotros, debiera conducirnos a cumplir estrictamente con nuestro deber. (Versículo 6.)

La persona de menos relieve tiene una gloriosa posición en la mente de Dios, y debe darse cuenta de ello hasta para llevar una vida de alegre actividad. (V. 7.)

Temas para pensar.

¿Cuáles son algunas de las cosas con las cuales sois de ordinario descuidados?
¿Cómo nos ayuda nuestro trabajo de Esfuerzo Cristiano a ser más pensativos?
¿Cómo podremos ayudar a nuestros compañeros a ser más reflexivos?

Ilustraciones.

La vida es semejante a una cueva laberíntica. Para evitar el perdernos en ésta vamos dejando una cuerda en todas partes. Esa cuerda, en nuestra vida, es la Palabra de Dios.

A veces un alud está en una posición tan resbaladiza que la vibración de una voz puede precipitarlo. En muchas ocasiones una avalancha de pesares ha venido sobre los hombres por una palabra disonante.

Pensamientos.

Una de las peores pérdidas que podemos hacer es la pérdida del tiempo, pues ésta no puede repararse.

Las oportunidades de hoy deben atenderse hoy mismo, o nunca, porque el mañana traerá sus propias oportunidades.

Cuidad bien de vuestros pensamientos, porque son conocidos en el cielo.

Referencias bíblicas.

Tit., 2, 12; Rom., 12, 9; Col., 1, 22; Fil., 4, 8 y 9; Mat., 26, 41; 1.^a Ped., 4, 7; 1.^a Juan, 2, 6; 1.^a Tes., 2, 12; Fil., 1, 27; E., 5, 15; Gál., 5, 16.

Sociedades infantiles.

Dom., 31 de Diciembre. — Ayudando a enviar luz del Evangelio. (Mat., 4, 16; 5, 14-16.)

Lunes . . . Obedeciendo a Cristo . . . Mar., 16, 15.
Martes . . . Por consagración. 2.^a Cor., 8, 5.
Miércoles. Por la oración Col., 4, 3 y 4.
Jueves . . . Enviando obreros Luc., 10, 2.
Viernes . . Dando dinero 2.^a Cor., 8, 12.
Sábado . . Resplandeciendo. Prov., 8, 18.

¿En qué se parece el Evangelio a la luz?
¿Qué naciones pensáis que necesitan más luz? ¿Por qué la necesita nuestra España especialmente? ¿Quién es la luz del mundo? ¿Por medio de qué libro le conocemos? ¿De qué maneras se puede enseñar el Evangelio en España? ¿Qué responsabilidad tenéis los que conocéis la Biblia?

Cultos de Navidad en Madrid.

24 de Diciembre

Iglesia del Salvador

Noviciado, 3.

A las seis de la tarde.

25 de Diciembre

Iglesia del Redentor

Beneficencia, 18.

A las once de la mañana.

25 de Diciembre

Iglesia de Jesús

Calatrava, 27.

A las once de la mañana.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

DIRECCIÓN
NOVICIADO, N.º 3
MADRID - 8 -

ADMINISTRACIÓN
BENEFICENCIA, NUM. 18
MADRID - 4 -

Precios de suscripción:

Un año 8 pesetas
Seis meses 4
Extranjero: Un año 15
Seis meses 8
América: Un año 2 dólares
Seis meses 1 dólar

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.^o de Enero ó 1.^o de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos

ALFONSO FOTOGRAFO
TELÉFONO 2869
FUENCARRAL, 6 MADRID

Escuela Dominical

La obra que corona la vida.

Dom., 31 de Diciembre. Heb., 11, 32; 12-2.

TEXTO AUREO: Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. (Apocalipsis, 2, 10.)

Las islas de la Oceanía han sido un campo misionero regado a menudo con la sangre de los mensajeros del Evangelio. Los enviados del Señor sabían que llevaban su vida en la palma de la mano cuando desembarcaban en alguna nueva isla para anunciar las buenas nuevas. Contaban ya con lo que Chalmers llamó «el gran final de la vida».

Williams, después de haber trabajado dieciocho años en Polinesia, hizo una visita a la Gran Bretaña, donde sus discursos acerca de la obra misionera en aquellas islas produjeron profunda impresión, dando un impulso a la causa de las misiones como no lo había recibido en mucho tiempo.

Después de haber dirigido la impresión de una parte de las Escrituras al idioma de los isleños, entre los cuales había trabajado, y de haber conseguido, gracias a la generosidad de muchos cristianos, que se construyera un hermoso navío para la obra, llamado el *Camden*, embarcó en él en compañía de su esposa y de varios nuevos misioneros que iban a colaborar con él en su trabajo.

Era esto en Abril de 1838, y a fines del mismo año estaba Williams viajando por las islas del Pacífico, colocando misioneros y maestros indígenas en nuevas estaciones, y visitando aquéllas en las cuales ya había obra comenzada.

Había prometido a sus amigos británicos tratar de introducir el Evangelio entre los salvajes indígenas de las Nuevas Hébridas. En las dos primeras islas visitadas encontró una recepción favorable; pero cuando él y sus valerosos compañeros desembarcaron en la isla de Erromanga, observaron señales de desconfianza y traición, en vista de las cuales iban ya a volverse a su barco. Era ya tarde; los enfurecidos indígenas cayeron con sus garrotes sobre ellos y dieron muerte a mister Harris y a Mr. Williams, cuyos cadáveres fueron después devorados en un festín de canibales. No eran los únicos culpables aquellos salvajes; ellos habían sido engañados por traficantes blancos sin conciencia, que hacia poco habían tocado en aquella isla, y los ignorantes isleños no sabían distinguir entre sus explotadores y los abnegados misioneros que sólo anhelaban su salvación.

Nesto, Sofía y Pet

Encantadora Historia de Navidad, publicada por la Imprenta Metodista de Buenos Aires. Con muchos grabados, 86 páginas en 4.^o

Precio: 2 pesetas neto.

Pídase a Sociedad de Publicaciones Religiosas Flor Alta, 2 y 4, 1.^o - Madrid.

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28-MADRID